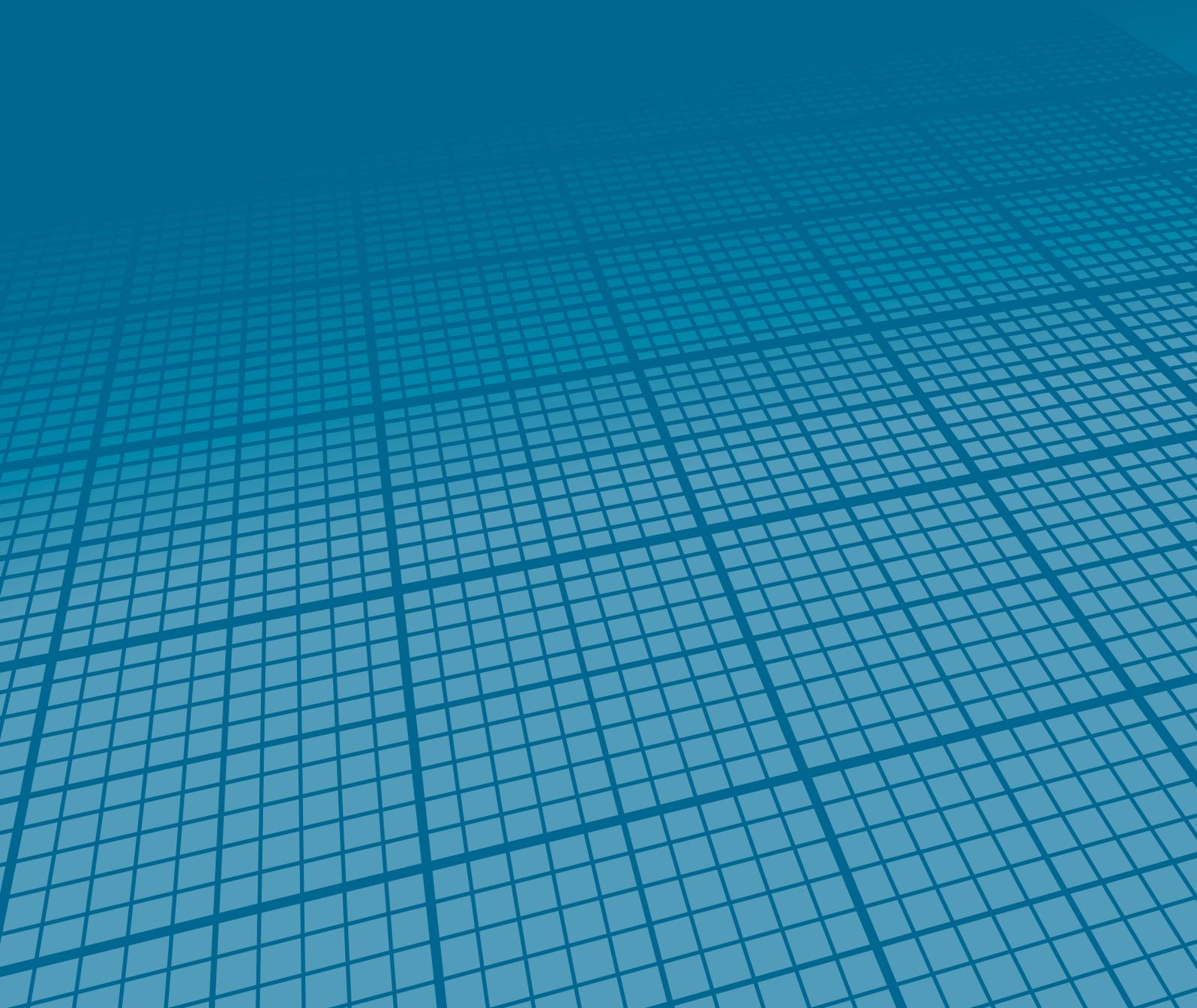


LA REGION





Pensar la Región

América Latina y el Caribe: avances retóricos sin acuerdos vinculantes

Francisco Rojas Aravena

Secretario General de FLACSO.

América Latina continúa siendo una zona de paz. En la región se constata un bajo grado de conflictividad interestatal, con reducidas amenazas militares. Sin embargo, en América Latina y el Caribe tenemos una alta preeminencia de la violencia, constituyendo a la región en una de las más violentas del mundo; la que con un 8% de la población mundial, tiene un 40% de los homicidios y un 60% de los secuestros. Todo ello representa crecientes riesgos y amenazas a la seguridad por el uso de la fuerza.

El nuevo contexto latinoamericano y caribeño, su nuevo mapa político genera procesos simultáneos que tienden a la integración y la fragmentación. Importantes turbulencias políticas han afectado a la región en los últimos años; con ello la convivencia y la gobernabilidad democrática se han debilitado. Incluso han sido puestas en cuestión. Desde 1990, diez Presidentes no han terminado sus mandatos, lo que se puede traducir –en la mayoría de los casos - por golpes de Estado de “nuevo tipo”. Los riesgos de retorno al pasado se han incrementado, la crisis y el golpe en Honduras son una clara evidencia.

La región no posee un liderazgo claro; no existe un líder en la región que pueda orientar un proyecto compartido. América Latina y el Caribe no tienen un proyecto político estratégico ni una visión común. Los modelos de desarrollo se hacen cada vez más disímiles. Existe un fuerte debate sobre los modelos, formas e instrumentos para superar la pobreza, la inequidad y la marginación social. Las distintas visiones separan y fragmentan las opciones políticas. Ello queda de manifiesto cuando se analizan aspectos como la inserción en el proceso de globalización, los modelos de desarrollo político, económico, social y cultural, los proyectos militares y las políticas de defensa, las alianzas internacionales, las opciones referidas al comercio internacional; y, en especial, las formas de relación al interior del sistema político sobre la división de poderes, el rol de la

justicia, los parlamentos, los medios de comunicación, la sociedad civil y la Iglesia. El escenario político latinoamericano consecuentemente muestra una alta heterogeneidad, fragmentación e, incluso, en algunos países polarización, lo que dificulta que América Latina tenga una sola voz.

La búsqueda de unidad e integración ha sido una constante de los países de la región desde el momento de su fundación hace 200 años. Sin embargo, es más la frustración que los éxitos. Sin una visión plural y compartida, construida sobre la base del diálogo y el desarrollo de consensos, no será posible tener una perspectiva política estratégica que sea capaz de ordenar las distintas dimensiones y orientar el proceso integrador infundado en políticas de Estado. El último esfuerzo en este camino fue la Cumbre de la Unidad, celebrada en Cancún en febrero de 2010. Allí se reflejaron con gran fuerza tres situaciones: retórica integracionista, grados crecientes de desconfianza, y falta de voluntad política para avanzar. Incluso es difícil construir una agenda compartida en la región debido a su heterogeneidad y a la falta de voluntad política.

Todo ello se produce en un nuevo contexto internacional de mayor interdependencia y de mayor autonomía de la región. Brasil, como potencia emergente, ha demostrado que puede participar en el escenario global. La cooperación sur-sur avanza. La hegemonía tradicional es puesta en cuestión. Desde la región se demandan relaciones desde el respeto a la asociación.

Defensa y seguridad: ¿caminos paralelos o convergentes?

En la actualidad tres países del hemisferio se encuentran en guerra: Colombia, México y Estados Unidos. En los dos primeros casos es una guerra interna en contra del crimen organizado, que está involucrando cre-

cientemente a los países centroamericanos, en especial a Guatemala y Honduras. Estados Unidos apoya estas guerras mediante programas específicos: Plan Colombia e Iniciativa Mérida. Su grado de atención a la región es relativamente bajo, sus guerras están en Afganistán e Irak. América Latina y el Caribe viven una situación de violencia desconocida aún durante las guerras revolucionarias en Centroamérica en la década de los 80.

La década de los 70 y 80 fueron de dictaduras en la región. Luego vino una etapa de transición democrática promisoría. Fue una época en la cual las sociedades de la región se recuperaron de una situación en la cual el Estado representó una de las principales amenazas a sus pueblos por la aplicación de la llamada doctrina de seguridad nacional. A lo largo de la década de los '90, América Latina y el Caribe lograron importantes avances en la reducción de los contenciosos y de los conflictos interestatales y, en especial, la desmilitarización de éstos. Con posterioridad al inicio del siglo XXI, el interés y la atención a los procesos tendientes a desactivar la conflictividad se redujo, y no se dio seguimiento adecuado a muchas de las acciones desarrolladas, en particular a las medidas de confianza mutua y de seguridad (MCMYS).

En la actualidad se constata en muchas naciones de la región un vacío de presencia estatal en diversas áreas o en las principales ciudades, lo que genera nuevas vulnerabilidades y amenazas sobre la población. Es en este contexto donde actores no estatales, de carácter transnacional, están amenazando la estabilidad y la seguridad en cada uno de nuestros países.

Enfrentamos distintos tipos de amenazas y debemos hacer frente a diferentes tipos de violencia. Por un lado, se encuentran los temas referidos a la soberanía y las fronteras que se vinculan con las políticas de defensa y el poder militar. Por otro, la violencia generada por el crimen organizado, las pandillas juveniles y por el uso de armas livianas. Adicionalmente, podemos señalar una re-emergencia de conflictividad vinculada a recursos y al medio ambiente.

En el ámbito de la defensa y la soberanía, el conflicto entre Ecuador, Colombia y Venezuela, con particular énfasis entre estos dos últimos, se ha mantenido en el tiempo y se ha incrementado de manera muy importante en los últimos dos años. Los roces son constantes. Las declaraciones de los líderes de esos países muestran el alto grado de desconfianza, lo que incrementa las dificultades de encontrar vías de solución diplomáticas. La amenaza del uso de la fuerza está latente y es necesario desactivarla. También en el ámbito de la defensa, se pueden señalar tensiones derivadas de situaciones fronterizas en Centroamérica, en el Caribe y en Suramérica. Situaciones que pudieran derivar en tensiones y riesgos

si no se manejan de manera adecuada.

En el caso de Colombia su particular relación con los Estados Unidos (referida al Plan Colombia, pero en especial las facilidades que decidió otorgar a los Estados Unidos en siete bases militares), generó rechazo y preocupación en el ámbito suramericano, más allá de las diferencias político-ideológicas que pudieran reflejar los distintos países. Es una seria preocupación por la presencia militar extranjera en el territorio suramericano. La Secretaria de Estado estadounidense, Hillary Clinton, se comprometió, en reuniones con mandatarios latinoamericanos, a entregar la información necesaria que, en su criterio, permitiría desactivar las preocupaciones. Sin embargo, las tensiones recurrentes en "la gran Colombia" dificultan los espacios de diálogo para abordar estos temas.

En este contexto, los países de la región latinoamericana han incrementado de manera importante su gasto militar, en un contexto de ausencia de medidas de confianza mutua y de renuencia a suscribir acuerdos vinculantes. En forma coincidente con el período de bonanza económica de América Latina (2003-2008) los gastos militares aumentaron casi en un 100%. Los proveedores son los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Los arreglos subregionales tendientes a lograr acuerdos efectivos en esta área siguen siendo una aspiración, como mostró la Declaración de Lima de OEA.

En el terreno de la seguridad, la violencia cobra cada vez más víctimas, produce más refugiados y desplazados, y se incrementan los costos económicos de la seguridad para todas las sociedades. En México las víctimas anuales están superando las 25.000 personas, y en el caso de Colombia los desplazados suman más de 2.5 millones. Los homicidios dolosos en América Latina se incrementan generando una situación de temor y transforman a la región en la más violenta del mundo. Los promedios nacionales de homicidios por cada 100 mil habitantes son: Guatemala 48, El Salvador 52, y Honduras 58. El crimen transnacional está afectando a todos los países latinoamericanos. Sus redes se encuentran interconectadas globalmente y hacen uso eficiente de las tecnologías de punta y en muchos casos están superando en capacidad operativa y poder de fuego a las autoridades estatales. Esta situación muestra las grandes dificultades de coordinación y cooperación interestatal, a la vez que se evidencia la interconexión mundial del crimen organizado.

La principal amenaza de seguridad al Estado de Derecho y al imperio de la ley, en un contexto de frágiles democracias latinoamericanas, lo constituye el crimen organizado. La respuesta, desde México a Colombia, pasando por los países centroamericanos e incluso algunas



acciones en Río y Sao Paulo (Brasil), es la militarización. Ella trae en paralelo la privatización de la seguridad y la guerra; lo que despoja al Estado del monopolio de la fuerza. Esta política no ha dado los resultados esperados. El caso más evidente es el del Plan Colombia en lo referido al tráfico de drogas; aunque logró avances en el control de subversión. Enfrentar el crimen organizado requiere de una acción concertada subregional, regional, hemisférica y global.

En el terreno medio ambiental la conflictividad entre Ecuador y Colombia, y entre Argentina y Uruguay encontró un camino por medio de la Corte Internacional de Justicia. Sin embargo, es posible que emerjan nuevos conflictos vinculados al medio ambiente y recursos, para los cuales no existe una institucionalidad adecuada para gestionarlos.

Frente a estos conflictos que tienen posibilidades de escalar no existe una doctrina compartida para enfrentarlos. Tampoco sobre los roles de las fuerzas armadas y policías. Incluso, más allá de las diferencias políticas e ideológicas, las formas de enfrentar la defensa y la seguridad son muy variadas, lo que dificulta construir una estrategia común. Todos los actores reclaman que se requiere un enfoque comprensivo transnacional y global; sin embargo, no se alcanzan acuerdos sustantivos sobre los conceptos que pudiesen propiciar una visión común. En este campo el principal actor es Estados Unidos, mientras que la Unión Europea tiene poco peso y están ausentes otros actores como los países asiáticos.

La pobreza, la inequidad y desigualdad son parte importante de los riesgos y amenazas a la seguridad. En este tema tampoco los países saben cómo enfrentar y resolver la situación, ni tienen planes concertados sostenibles en el corto plazo.

Avances desinstitucionalizados. ¿Cómo establecer cooperación?

Si se mira el esfuerzo de construcción institucional debe señalarse que no existe una institucionalidad efectiva en la prevención y resolución de conflictos en América Latina y el Caribe. Sin embargo, si se miran situaciones específicas como el esfuerzo de UNASUR, en Centroamérica y en el Caribe el panorama debería ser más auspicioso. No obstante, UNASUR y su Consejo de Defensa no han sido ratificados aún. UNASUR es un proyecto político de cooperación e integración, en un sentido amplio, que abarca desde lo económico comercial a la defensa y la seguridad. Uno de sus objetivos esenciales es desarrollar la identidad compartida de culturas diferentes. Es una propuesta de unidad en

la diversidad, de integración con pluralismo y de cohesión regional con soberanía nacional. Los bicentenarios de las independencias son un importante incentivo en estos procesos de convergencia. El Consejo de Defensa Suramericano de UNASUR se ha propuesto metas muy ambiciosas; sin embargo, los avances y consensos alcanzados no han logrado transformarse en acuerdos vinculantes. Más allá de los principios de gradualidad y flexibilidad en el desarrollo institucional, las ambiciosas propuestas en el ámbito de las MCMYS o de suscripción de un Tratado sobre Paz, Seguridad y Cooperación no logran transformarse en medidas prácticas, para desescalar los conflictos en la región vinculados al tema de la defensa. Los temas referidos a la seguridad deben ser tratados en el Consejo Suramericano de Lucha contra las Drogas, sin embargo, los avances en este Consejo son mínimos. Se establece una diferencia esencial respecto a las labores policiales y militares, sin embargo, ello no se condice con la práctica que muestran las acciones de los países miembros donde la militarización confunde los roles.

Sin avanzar en un contexto político de confianza entre los mandatarios (as) y líderes de los países latinoamericanos y caribeños, no se avanzará en la transparencia y en el desarrollo de medidas de confianza mutua. Las propuestas y los consensos alcanzados en esta materia muestran una alta densidad, la cual prevalece en el papel y no en acuerdos vinculantes y verificados.

Los mecanismos para desactivar situaciones de tensión de carácter vecinal, como los acuerdos entre Colombia y Venezuela, son letra muerta, han dejado de tener uso. En otros casos, se han dilatado las reuniones posponiéndolas en el tiempo. Si no se usa la institucionalidad para los fines que fueron creadas, la desconfianza se incrementa.

Es esencial trabajar para consolidar, legalizar y legitimar la institucionalidad creada, que se alcanza con la ratificación de los tratados suscritos. Es necesario producir un diálogo efectivo, franco y transparente para abordar las situaciones complejas, que logre vincular el nivel de retórica con los acuerdos sustantivos que se alcancen. Un aspecto esencial en este proceso es establecer mecanismos de verificación.

La IX reunión de Ministros de Defensa de las Américas, a celebrarse en Bolivia, puede ser un espacio adecuado y oportuno para consolidar los objetivos de estas Cumbres Ministeriales. La reunión de Santa Cruz puede abrir espacios para desarrollar conceptos compartidos en cada una de las subregiones, informarlos al conjunto de la región y desarrollar confianza y diálogo en pro de la paz y la seguridad.

Documento de análisis:

Defensa y cooperación en el hemisferio: el confuso cuadro actual

Hal Klepak

Profesor Emérito del Royal Military College de Canadá.

■ La naturaleza estridente de gran parte de las actuales relaciones interamericanas e inter-latinoamericanas debería hacernos reflexionar acerca de los peligros que subyacen cuando la retórica (y más que la mera retórica), se cruza a las esferas de defensa y militar, amenazando las esperanzas compartidas por la cooperación, la integración y el desarrollo. Las fuerzas armadas y las políticas de defensa son la suma de las consideraciones de soberanía y de los temores sobre los vecinos propios, y en ocasiones también sobre otros Estados. De hecho, la existencia de tales políticas y fuerzas y su importancia son normalmente el resultado de las consideraciones de amenazas que provienen de otros. No es de extrañar, entonces, que los responsables de luchar contra esas amenazas, así como aquellos que -como los militares- usan planeamientos del “peor escenario” para prepararse, sean a

menudo reacios a pensar en términos de cooperación con aquellas mismas fuentes de amenaza.

Cuando la historia de esas relaciones se pone en discusión, la probabilidad de que las consideraciones de defensa sean un factor de “empuje” favorable para la cooperación y la unidad por lo general no es muy grande. Casi se podría decir que las políticas de defensa y las fuerzas armadas tradicionalmente consisten en *no* bajar la guardia y en no llevar adelante experimentos con la integración y la cooperación que pudieran poner en peligro su independencia, y rara vez tratan de hacer algo semejante.

En la práctica, sin embargo, la situación en las Américas en las últimas décadas no ha reflejado este tradicional estado de situación, un punto sobre el cual la región debería seguramente sentirse orgullosa. Muchas veces en nuestro hemisferio la defensa como



tema ha sido un elemento de construcción de cooperación para los países del continente, antes que un freno. Lejos de la experiencia histórica en Europa o Asia, donde la defensa ha tenido tendencia a ser el último (o cerca del último) eslabón de la construcción de la cooperación y la unión, en las Américas ese rubro de la actividad nacional e internacional ha sido usado de manera frecuentemente original y temprana, solidificando los esfuerzos para lograr una cooperación económica y política más profunda.

En América del Norte, por ejemplo, podemos pensar en la extraordinaria transformación del contexto Canadá-Estados Unidos, enfrentados durante siglos, que cambiaron en menos de cuarenta años a ser uno de los ejemplos más impresionantes de cooperación en defensa que el mundo de hoy conoce. El papel de la cooperación bilateral durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Ottawa vio que era posible cooperar con Washington en la esfera militar sin ser aplastado como un enano por el gigante, fue esencial para reducir la percepción histórica canadiense hacia los Estados Unidos como una amenaza. Más tarde el rol de la NORAD y la OTAN en la construcción de confianza bilateral fueron claves para la evolución de una actitud de mutuo respeto, que reemplazó en una generación y pico tres siglos de preparación canadiense para defenderse de invasiones del sur. A la vez, Estados Unidos llegó a comprender que Canadá no era simplemente un caballo de Troya para Gran Bretaña, sino que buscaba una relación amistosa con su enorme vecino. Sin esos cambios de perspectiva hubiese sido simplemente inconcebible que la cooperación política y un eventual tratado de libre comercio fueran posibles. Fue la defensa la que abrió la puerta a ese cambio de percepción.

También en América Latina hay muchos casos no tan lejanos en el tiempo, donde algo similar ha pasado. De manera dramática, los programas nucleares de Brasil y Argentina jugaron un papel importante como área de cooperación eventual en temas centrales entre los dos países. Pasaron de ser un punto de discordia y sospechas entre Brasilia y Buenos Aires, a ser una muestra evidente de buena voluntad y deseo de buscar cambios fundamentales en la rivalidad histórica entre ambos, y eventualmente, el reemplazo de esa rivalidad por una relación estrecha y amistosa.

La relación entre los países centroamericanos, una vez más foco de desconfianza en la mayor parte del período transcurrido desde finales de 1830, también cambió con el fin de las guerras civiles en el período

1992-1996. Tras la firma en 1996 del Tratado Marco de Seguridad Democrática por todos los Estados de América Central, la relación entre los militares de la región cambió abruptamente. Se pusieron en marcha medidas de fomento de la confianza de un alcance sin precedentes, al igual que una amplia gama de otros mecanismos de cooperación. Esto también jugó un importante papel en el restablecimiento de un clima más amplio de cooperación e integración, que resultó en el renacimiento del Mercado Común Centroamericano y de muchas otras iniciativas más amplias.

Hasta el papel histórico de México como el “gigante del Norte” de Centroamérica se ha visto afectado en las últimas décadas por esfuerzos militares, con las fuerzas armadas de México moviéndose rápidamente para ayudar a los países de América Central para hacer frente a los desastres naturales. La mejora del prestigio de México y el nivel de confianza regional en él han crecido y permitido que esfuerzos como el Plan Mérida obtuvieran una mejor recepción en la región.

Incluso entre Cuba y los Estados Unidos ha existido un nivel de cooperación de defensa en asuntos clave, tales como el control de la inmigración ilegal y el apoyo a la base de Estados Unidos en Guantánamo, desmintiendo la idea de que la confianza mutua y la cooperación entre estos dos países era, de alguna manera, imposible. Por el contrario, en la década del '90 hubo considerable cooperación militar y de seguridad entre ambos, involucrando la seguridad y el acercamiento a Guantánamo, el manejo de los sobrevuelos de aviones en ruta hacia zonas afectadas por desastres, y otras medidas conjuntas más públicas contra la inmigración ilegal que preocupaba a ambos países. Y aunque nadie argumentaría que esto iba a conducir a una integración política o a la cooperación económica, sí se ha traducido en una reducción de la tensión y al menos en la apertura de las comunicaciones entre ellos.

También en Mercosur la cooperación militar ha sido una parte importante y creciente de los movimientos encaminados a una integración más amplia y la cooperación política en el ámbito regional y en algunos contextos bilaterales. La cooperación militar conjunta entre Argentina y Brasil está ahora muy avanzada y al igual que como entre Argentina y Chile, una *volte face* total comparada a los precedentes históricos. Chile y Argentina tienen incluso en sus manos la preparación de una fuerza conjunta –aunque pequeña– denominada Cruz del Sur, en gran contraste con su

experiencia pasada. Y si bien las relaciones entre La Paz y Santiago siguen siendo un punto muerto en el nivel más formal, la cooperación entre Bolivia y Chile en el área de defensa es sorprendente y recuerda a ambas partes que hay mucho por ganar trabajando para establecer confianza en campos importantes fuera de lo puramente diplomático. Todo esto naturalmente refuerza movimientos más amplios hacia la cooperación económica y política.

A nivel hemisférico, asimismo, las reuniones bi- anuales de las Conferencias de Ministros de Defensa de las Américas se han convertido en una medida de fomento de la confianza de gran alcance, desde que el proceso se inició en Williamsburg en 1995; y las reuniones de los comandantes de los ejércitos, armadas y fuerzas aéreas, desde la década de 1960, continúan siendo reuniones amistosas donde se fomenta la cooperación. No cabe duda de que el nivel de confianza que estas reuniones ayudan a generar tiene un efecto de propagación a otros campos, o al menos apoya otros esfuerzos por reducir las posibles tensiones y las rivalidades históricas en el área central de la defensa.

El presente

La dificultad radica en que todo este pasado de elementos favorables procedentes de la defensa para el objetivo más amplio de cooperación económica y política, regional o hemisférica, actualmente se está aprovechando menos de lo que se podría. El progreso continuado de estos esfuerzos se encuentra ahora frente a un contexto que algunos analistas consideran la peor fase de las relaciones diplomáticas interamericanas desde su independencia. Incluso durante la guerra fría, con la ruptura generalizada de las relaciones con Cuba, no se vio nada similar al momento presente. Al momento de la escritura de este documento (septiembre de 2010), Bolivia y Chile, Ecuador y Colombia, Cuba y los Estados Unidos, y Venezuela y Colombia, no mantienen relaciones diplomáticas formales entre sí; y entre los Estados Unidos y Bolivia, se mantienen relaciones pero no a nivel de embajadores. Se han añadido consideraciones ideológicas a los temas tradicionales de fronteras y jurisdicciones, para producir una escena sombría de relaciones pobres o nulas, insultos crecientes entre los dirigentes, y una intoxicación alarmante en la atmósfera política regional.

El panorama difícilmente podría ser más confuso y aparentemente contradictorio. Porque en medio

de este negativismo, los avances sub-regionales en la cooperación no han sido la excepción sino la regla. Mientras menos y menos atención se presta a los asuntos de seguridad hemisférica, otras iniciativas han sido nada menos que notables, dado el estado general de las relaciones interamericanas e incluso entre América Latina. La UNASUR, la unión de los países sudamericanos que antes sólo se soñaba, empieza a mostrar signos reales de dinamismo en la construcción de una agenda de defensa regional. Y su Consejo de Defensa Suramericano también parece ser una iniciativa conjunta crecientemente seria, con trabajo hecho para fundar un centro regional de estudios estratégicos, construir una impresionante gama de medidas de fomento de la confianza, y otras iniciativas en curso. Si bien para muchos es preocupante la exclusión de otras naciones de las Américas, no hay duda de que como iniciativa regional es impresionante y tiene perspectivas reales para constituirse en un foro de defensa y seguridad de América del Sur con influencia e importancia.

Asimismo, el Sistema de Seguridad Regional en el Caribe Oriental ha demostrado su utilidad no sólo en el área de lucha contra los estupefacientes, sino también en el apoyo a la complicada pero exitosa Copa Mundial de Cricket de 2007. Y en el Gran Caribe, las iniciativas conjuntas, como un proyecto piloto de formación única y la escuela para el conjunto de la Comunidad del Caribe, están funcionando bien. Y permitiendo que las fuerzas de seguridad de esos países aborden cuestiones difíciles de alcanzar con las -hasta ahora- elusivas economías de escala en el área de defensa.

De hecho, podría decirse que es en la región del Caribe donde las Américas y América Latina en particular tienen su mayor éxito conjunto. Porque en Haití, Chile entregó una fuerza de reacción rápida de eficacia excepcional en los eventos que llevaron al despliegue de la MINUSTAH, la misión de las Naciones Unidas vigente en la isla; Brasil ha brindado su contingente más grande, así como su elemento vital de comando; y los latinoamericanos constituyen la mayor parte de su fuerza. Muchos ven esto (o por lo menos lo esperan) como la primera experiencia de América Latina de conjunción al menos parcial, que podría allanar más el camino en el futuro.

La CFAC, la reciente organización militar cooperativa centroamericana, es un éxito indiscutible, y corona los esfuerzos de los años de la post-guerra civil y el fomento de la confianza que los caracterizó. La



organización no sólo se prepara conjuntamente para el mantenimiento y misiones sobre desastres naturales, sino que también construye confianza. Y hacia el norte, el acercamiento lento pero seguro de México a la cooperación de defensa norteamericana es un hecho muy apreciado por sus vecinos estadounidenses y canadienses. Desde el levantamiento zapatista en Chiapas de 1994, y ahora reforzada por las presiones sobre la seguridad interior de México de los últimos meses, la relación con los Estados Unidos ha conocido los inicios de lo que parece ser un cambio radical, con las tradicionales actitudes de los mexicanos evolucionando con tanta rapidez que el país ha sido capaz y ha estado dispuesto a ayudar a los Estados Unidos, en forma dramática, durante el huracán Katrina en 2005.

De nuevo en contraste, las cuestiones que causan el actual rencor en la región en el ámbito de la defensa son muchas. Algunos han sido causados por las acciones de Estados Unidos, tales como la reactivación de la ya vieja IV Flota, una formación naval cuyo despliegue sólo había sido contemplado antes para los fines de la Segunda Guerra Mundial y de principios de la guerra fría (1942-1950). Y que por tanto casi seguramente haría levantar las cejas en gran parte de América Latina, en un momento de crecientes tensiones y desconfianza sobre las intenciones de Estados Unidos en muchos de los gobiernos regionales. La formalización y ampliación de siete acuerdos sobre bases en Colombia, supuestamente meramente de apoyo para los esfuerzos anti-narcóticos, pero que en algunos documentos oficiales estadounidenses son mencionados como un medio para permitir a dicho país operar con mayor eficacia en la escena militar en el conjunto de la región, difícilmente iba a dejar de molestar a algunos países. La mención obviamente absurda de Cuba en la lista estadounidense de Estados que apoyan al terrorismo, a pesar de su excelente historial contra ese flagelo, es otro punto de irritación para muchos.

Todos ellos se combinan con el extraño papel de los Estados Unidos en relación a los acontecimientos anteriores y posteriores al golpe de Estado en Honduras. Este evento trajo a luz los tradicionales golpes de Estado de la región con su unión de oligarquía, iglesia, la embajada, y los intereses militares en el derrocamiento del gobierno constitucional aunque crecientemente ilegítimo de Zelaya. Causó conmoción en la región, especialmente en los gobiernos reformistas cuyos vínculos con sus fuerzas armadas son a

menudo inciertos. Aquellos anteriormente optimistas, que veían los golpes como cosa del pasado, ya sacudidos por el de Venezuela en 2002, ahora raramente mantienen esta posición, y las divisiones ideológicas y otras que arruinan al hemisferio se han hecho realmente evidentes.

La llegada con mayor fuerza de los poderes extra-regionales también ha tenido un impacto. China especialmente -pero en menor medida también la India e Irán-, están ahora presentes, aunque al menos en el ámbito de la defensa esta presencia ha sido limitada. En algunos círculos de Estados Unidos las intenciones de China en la región son motivo de preocupación, pero Pekín ha tenido cuidado en disipar esos temores con una política militar medida que evita acciones que podrían incrementar la ira de Washington. Es más difícil decir adónde pueden conducir los intereses de Teherán y de Nueva Delhi, especialmente en el campo nuclear; pero los Estados Unidos, sin duda, observan tales actividades cuidadosamente, lo cual lleva a otra potencial fuente de discordia.

Los asuntos hemisféricos y latinoamericanos de defensa están así en un contexto confuso, de aparente progreso combinado con una situación general de discordia generalizada y negativismo. Las divisiones ideológicas que enfrentan al hemisferio y sus regiones son realmente graves, y el envenenamiento de la atmósfera hacia esfuerzos más amplios de cooperación es real, aunque a menudo empapelado por éxitos a nivel subregional. Cuando esas fisuras se derraman al campo militar y de la defensa, adquieren una importancia que no necesariamente tienen si se las deja en las esferas económicas e incluso políticas. Los bombardeos a través de las fronteras, el mantenimiento de fuerzas extra-regionales en bases sin explicaciones suficientes ni convincentes, las guerras de palabra con poca moderación del lenguaje, los despliegues militares en las fronteras cada vez que las cosas se ven mal: todo ello apunta a profundizar divisiones que son realmente peligrosas cuando se las lleva a la esfera militar. Será importante, como ha dicho el Secretario General de la OEA Insulza, tener más y no menos oportunidades de diálogo, si se quiere mantener esa discordia dentro de ciertos límites. La disposición para tal diálogo no siempre es visible, ni su urgencia al parecer siempre es entendida. Será un desafío ver que esta situación no perdure, y que este contexto peligroso no sólo para la cooperación y la integración, sino incluso potencialmente para la paz, se mantenga bajo control.